

Una lectura desde la fe de la pandemia del coronavirus

Por EDUARDO LLORENS NÚÑEZ S.J

La pandemia de la Covid-19 ha despertado múltiples opiniones y lecturas, algunas acertadas y otras no. Como católicos nos interesan puntos de vista que nos den luz desde la fe sobre este acontecimiento. Tanto la fe como la teología deben darnos razones de esperanza y ánimos en estos momentos de pandemia, de no hacerlo dejarían de tener sentido y sus reflexiones posteriores serían poco creíbles. Una lectura de los signos de los tiempos es muy necesaria no solamente para entender desde nuestra experiencia de fe esta situación, sino para sacar lecciones.

No es la primera vez que la sociedad y la Iglesia como parte de ella se enfrentan a una pandemia de gran envergadura, la humanidad ya ha vivido situaciones parecidas, lo nuevo en estos momentos es la globalización que da una dimensión mucho más notable. Es por lo anterior que algunas de las lecturas que se pueden hacer de esta situación de alarma sanitaria no son nuevas, sino que tienen una larga tradición a la hora de intentar explicar desde la fe este tipo de acontecimientos.

Para el desarrollo de este artículo tengo que seguir un orden, que no responde al nivel de importancia o aceptación que pueda tener cada una de las lecturas, el orden responde al azar. Cada lector podrá identificarse con alguna de ellas de manera más intensa, o con varias. Esto depende de la formación religiosa de cada persona y de sus experiencias personales. Por tanto cada lector puede hacer el orden en cuanto a importancia de cada una de las posibles lecturas dependiendo a su criterio y teniendo en cuenta sus experiencias.

1. Dios Señor de la historia.

"Deberíais decir más bien: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello" (Santiago 4, 15)

Una de las realidades con la que nos hemos encontrado en esta pandemia, es que la gran mayoría de nuestras planificaciones, planes a corto y mediano plazo y proyectos futuros se han tenido que postergar. Aquello que teníamos planificado a largo plazo tendrá que repensarse pues el mundo no será igual después del paso de la Covid 19.

Teníamos la costumbre de hacer planificaciones de todo tipo: personales, familiares, laborales, de estudio, pastorales, etc. y el Coronavirus no solamente ha traído como consecuencia que no las podamos poner en práctica, sino que también de cara al futuro repensarlas y darle otros formatos. Lo anterior nos hace pensar que el futuro no depende tanto de nosotros y de lo que planifiquemos sino de Dios, y que

por muchas planificaciones que diseñemos Dios es el Señor de la historia y el que verdaderamente maneja los hilos de esta.

Estamos viviendo un momento que nos invita a la humildad, no sólo cuidándonos con medidas sanitarias, sino también poniéndonos en las manos del Señor de la historia, confiando mucho más en Dios que en nosotros mismos. Asistimos a un momento providencial en cuanto a dejarnos llevar por Dios y no tanto por lo que nos apetezca o creamos que es lo mejor.

2. Fragilidad de la humanidad.

"¿Quién de vosotros puede, a fuerza de cavilar, prolongar un tanto la vida?" (Mateo 6,27)

Un minúsculo virus ha puesto al planeta en alarma sanitaria, movilizándolo inmensos recursos, en algunos casos gestionados de manera efectiva y en otros no. Sin entrar en análisis científicos sobre el origen del virus, si fue intencional o producto de la evolución propia de los virus, estamos ante una situación que demuestra la fragilidad de la humanidad.

Nos habíamos creído que estábamos blindados contra ciertos males, sobre todo las pandemias que contemplábamos en años anteriores como un asunto de países subdesarrollados. Nuestra ingenuidad y autosuficiencia nos hacía colocar los logros de la humanidad, sobre todo en el campo de la medicina, como algo capaz de superar cualquier tipo de barrera, cuando la realidad es bien diferente.

La teología cristiana de la creación tiene presente la fragilidad del ser humano desde su concepción. La vida creada por Dios es limitada y tiene una duración determinada. La existencia humana en este mundo nos lleva inexorablemente a la muerte, con la novedad cristiana de la Resurrección. Jesús como modelo a seguir no se aparta de la muerte, y tiene presente lo limitado y frágil que es el ser humano en este sentido. No tenemos capacidad de impedir el paso de la muerte, ni podemos añadir tiempo a nuestra vida terrena según nuestro deseo y voluntad.

La fragilidad o vulnerabilidad humana que se manifiesta durante esta crisis sanitaria del Coronavirus es una posibilidad de manifestación de Jesús en la humanidad. Una situación como la que estamos viviendo, que nos hace constatar lo frágiles que somos, es oportunidad para que tengamos un encuentro personal y comunitario con Jesús. En la misma fragilidad que implica también soledad, abandono y miedo, se nos hace considerar a Dios como la verdad definitiva, ante tanto desconcierto y confusión.

3. Tiempos apocalípticos.

“La buena noticia del Reino se proclamará a todas las naciones, y entonces llegará el final” (Mateo 24,14)

Es una lectura actual de los signos de los tiempos muy extendida y una de las interpretaciones más socorridas de lo que estamos viviendo. Lo anterior es debido a la antigüedad de este planteamiento apocalíptico que se hace desde los mismos orígenes de nuestra fe. La Sagrada Escritura sirve de fundamento con algunos de sus textos, pues era una de las interpretaciones del pueblo de Israel utilizada ante situaciones similares a la que estamos viviendo en estos momentos.

En este caso se ve la historia de la humanidad como un proceso que va deteriorándose. La sociedad se va alejando de Dios, con el consiguiente pecado y deterioro social, quedando pequeños reductos de la fe. Se intenta de explicar esta teoría como un desvío paulatino de los caminos trazados por Dios. Tanto los corazones como las mentes se alejan de la virtud y de la voluntad divina. El resultado es que ante este tipo de situación la solución es una regeneración radical a partir de darse cuenta de que el camino elegido no es el adecuado, siendo la conversión la solución ante tanto pecado.

Entender la pandemia de la Covid 19 en clave apocalíptica es quizás la manera más fácil de explicar desde la fe la situación actual, pero no es la más feliz interpretación de los signos de los tiempos, no obstante esta idea esté muy extendida.

Lo creado por Dios ha llegado a un momento en que necesita ser purificado, dado el mal uso de la libertad, llevando la corrupción a diferentes niveles y realidades (social, económico, ecológico, personal, familiar, etc.). Un número importante de creyentes consideran, desde su fe, que la pandemia es una oportunidad para reconocer los errores y volvernos hacia Dios.

4. Una oportunidad de conversión.

“Rasgad los corazones y no los vestidos; convertíos al Señor Dios vuestro; que es compasivo y misericordioso, y se arrepiente de las amenazas” (Joel 2,13)

Los momentos terribles que ha vivido la humanidad a lo largo de su historia invitan a la reflexión, al examen de la vida y de las actitudes que asumimos. A lo anterior se le suma el llamado aislamiento social que también ayuda a la meditación sobre la vida y sus acontecimientos, especialmente los que nos conmueven, y el Coronavirus nos afecta en este sentido.

En el Antiguo Testamento los profetas son un ejemplo de creyentes con esta experiencia de fe, que a partir de determinados desastres invitaban a la conversión al pueblo de Israel. Sus mensajes son abundantes en la Sagrada Escritura.

En esta lectura desde la fe de los acontecimientos actuales no se busca culpables, lo importante es que estamos ante una oportunidad y un llamado a la conversión. Este tiempo es propicio para examinarnos personal y comunitariamente, preguntarnos las cosas que estábamos haciendo mal, las prácticas alejadas de nuestra fe, etc.

A partir de una experiencia negativa tenemos la oportunidad de volver a Dios y acoger su mensaje con una nueva fuerza renovadora. Muchas de nuestras prácticas y actitudes tanto personales como a nivel de la sociedad no son correctas y necesitaríamos conversión de estas.

5. Tener en cuenta lo verdaderamente esencial en nuestra vida.

“Cuando oréis, no hagáis como los hipócritas, que aman rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse a la gente, os aseguro que ya han recibido su paga. Cuando tú vayas a rezar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre en secreto” (Mateo 6, 5-6)

La situación de confinamiento, leve o estricto, que hemos tenido que asumir nos han permitido reconocer lo que es importante en nuestras vidas y lo que es superfluo o no aporta nada esencial. El cierre de lugares de ocio, que son necesarios pero no imprescindibles, también nos ha permitido en esta situación estar mucho más tiempo en casa para asumir el cuidado nuestro y de nuestros familiares, redescubriendo el valor de la familia, de los encuentros gratuitos que podemos disfrutar en ella. La vivencia de la fe a un nivel más personal y familiar ha sido otra de las oportunidades que hemos tenido, sin perder el sentido de Iglesia que sufre esta situación y que no pierde las esperanzas en un futuro mejor.

Vivir y expresar nuestra fe también a permitido redescubrir nuestra interioridad como lugar de encuentro con Dios. Esto lo habíamos relegado un poco debido a la fuerza y dimensión de las grandes celebraciones comunitarias. Hemos vivido parte de la Cuaresma, la Semana Santa y la Pascua de una manera diferente, teniendo celebraciones auténticas desde nuestro confinamiento que son tan dignas y enriquecedoras como las de nuestros templos abarrotados. Lo anterior nos hace conscientes del papel esencial de nuestro “templo” o espacio interior para la revelación de la fe.

También el hecho de que la humanidad este viviendo momentos límites y muchas personas se encuentren entre la vida y la muerte es una oportunidad para centrarnos en lo esencial. Nuestra vida ha transcurrido en los últimos tiempos con muchas cosas agregadas que no eran esenciales, y que en realidad en muchas ocasiones nos desviaban de lo que es importante para nosotros.